

---

## Capítulo 5.

La memoria de la isla en tres escritoras sanandresanas: Hazel Robinson, Keshia Howard y Cristina Bendek

*Diva Marcela Piamba Tulcán*

La literatura de las comunidades que han sido colonizadas en el pasado, o incluso en el presente, generalmente tiende a la reconstrucción de su propia historia. Dicha reconstrucción permite mantener una noción unificada y a la vez diversa de identidad local, y fortalecer el lazo que los rodea y los junta como comunidad. Para esto, la literatura se remite al registro popular (fundado en la oralidad, anécdotas, experiencias de vida, fábulas, canciones y demás), para recordar y rememorar la forma de vida de los antepasados y para formular de nuevo y constantemente la pregunta ¿quién soy? en términos identitarios. Tener una única pregunta al respecto fortalece los lazos de unión y expectativa colectiva.

La de San Andrés isla es una comunidad creol, producto de migraciones de lo que hoy es el Gran Caribe y el continente. Al mismo tiempo es una población que ha sufrido varias colonizaciones, pues en su historial no solo se incluye la colonización británica y la española, sino también la colombianización, periodo al que aún están sometidos. En esta comunidad, la respuesta a la pregunta por la identidad se basa en tres cuestiones: la raza, la lengua y la religión. Estos tres se problematizan en la mayoría (si no toda) la literatura que se produce en la isla.

En este capítulo se aborda la obra de tres escritoras sanandresanas: Hazel Robinson, Keshia Howard y Cristina Bendek. En ellas se ven tres formas distintas de abordar esa memoria que cuestiona los tres temas ya nombrados. Robinson con su novela *No Give Up Maan!* trae la memoria a colación como una estrategia para reconstruir la isla en el tránsito entre los siglos XVIII-XIX, con todo y sus eventos históricos, y demostrar con ella que la identidad raizal se funda a partir de la hibridación (lingüística, cultural y, sobre todo, racial). Los tres temas se cruzan de forma visual (la traducción del creole al español) y explícita dentro de la obra. En esta reconstrucción hay una intención de mostrar la versión histórica “de los vencidos” o al menos una versión no oficial de los hechos.

Keshia Howard en *San Andrés: a herstory* acude a la memoria femenina y se sostiene sobre la premisa de que las mujeres han sido pieza clave en la construcción identitaria de la isla. Howard hace un recorrido, en una novela con registro autoficcional, por tres generaciones de mujeres de una misma familia que pasan por la esclavitud hasta la liberación. Al final, acosadas por la colonización española y la colombianización, la conclusión de sus personajes es la misma: la identidad de la isla es producto de hibridaciones culturales y de raza.

Por último, Cristina Bendek alude a la memoria a partir del recuerdo de su infancia en *Los cristales de la sal*. En una novela otra vez con registro autoficcional, Bendek propone una personaje nativa (Victoria Baruq) que vuelve a la isla después de toda su vida en el exterior y que utiliza recuerdos como cartas, fotografías y personas para, a medida que recorre la geografía, recrear una isla del pasado: la que ella recuerda. La remembranza y la nostalgia son clave en la narración. Aquí, la lengua, la raza y la religión nuevamente aparecen y atraviesan las páginas en modo visual (cambios de lenguaje), cuestionando no solamente la construcción e identidad de la isla (la personaje no entiende a qué se refieren los demás cuando hablan de la isla a pesar de haber nacido allí), sino también los intentos de destrucción que en ella existen (el turismo y la colombianización).

Al final de este capítulo queda una corta reflexión respecto a la lengua de escritura y recepción de las obras, su posible explicación, y se

proponen algunos temas que hace falta desvelar en los estudios insulares, particularmente desde los estudios literarios de las islas colombianas.

## Hazel Robinson y la memoria negra

Una de las primeras voces femeninas que salieron de la isla fue la de Hazel Robinson. Actualmente es la de mayor producción literaria. Sus obras, que parecen haber sido escritas a modo de saga, se desarrollan en la isla Henrietta y St. Katherine. La primera de estas, en orden de publicación, fue *No Give Up Maan!*, en el 2002; luego, *Sail Ahoy!!!*, en el 2004; después, *El príncipe de St. Katherine*, en el 2009, y la más reciente es *Si Je Puis*, del 2019. La Universidad Nacional de Colombia sede Caribe ha realizado la primera edición de cada una de ellas. *No Give Up Maan!* también fue editada por el Ministerio de Cultura en el año 2010, cuando fue uno de los tomos incluidos en la colección de Literatura Afrocolombiana. En esta, el tomo rojo de la novela es publicado con un prólogo muy acertado de Ariel Castillo Mier, quien aborda cuestiones de las que también hablaremos aquí. Aquella vez, junto con Lenito Robinson-Bent, la literatura insular llegó al continente de forma masiva gracias a esta colección.

Digo que las cuatro novelas parecen escritas a modo de saga porque se desarrollan en el mismo espacio geográfico, pero en temporalidades diferentes. A medida que va saliendo una nueva novela, la temporalidad va avanzando unos años y hasta siglos, pero siguen aunadas por varias cosas: una historia de amor que, aunque no tiene los mismos protagonistas, sí representa la misma problemática (la unión familiar y sentimental entre los blancos y los negros); también, hay un interés por mostrar la misma tradición isleña desde un enfoque visual que implica la descripción de un ecosistema insular y una arquitectura isleña tradicional; además, es fácil reconocer que en las cuatro novelas aparece Tante Friday, un personaje al que pareciera no pasarle el tiempo. A este personaje podríamos dedicarle todo un dossier, pues representa un tipo de feminismo contemporáneo, de sabiduría negra, de memoria femenina, de archivo... es una mujer casi equiparable a su propia isla, pues carga con valentía, fuerza, sufrimiento, recuerdos, etc. A esta mujer en esta ocasión solo la nombraré, sin embargo, no estará de más que se amplíe su significación y protagonismo en otro texto.

Para este capítulo he decidido recoger mi experiencia de lectura de *No Give Up Maan!* Esta novela empieza con el suspense que precede a un huracán. En medio de un cultivo de algodón en la isla Henrietta, amos y esclavizados se extrañan al sentir el cambio de clima que se traduce en un insoportable calor y una quietud de espanto. El tiempo se detiene mientras el narrador describe el lugar: árboles de cedro, mango, tamarindo y fruta de pan; olas cansadas en el mar que llegan y se devuelven con lentitud; brisas que dejan de soplar desde el nordeste y la cosecha de algodón, lista para recogerse, ya casi seca por el calor que permanecía desde semanas atrás. Después de esta pausa descriptiva, el tiempo retoma su camino y deja entrar las brisas agresivas que se estrellan contra “la loma” y arrecian con el transcurso imparabile de la lectura. De un momento para otro, de unas líneas a otras, todo es oscuridad, lluvia, desespero, catástrofe. En otro momento de pausa temporal, se puede ver que, de ese espacio seco y angustiante, queda el desorden, la oscuridad, la destrucción y una insoportable humedad.

Pasado el huracán, George, el héroe de esta historia, un *ñandú* (mezcla de blanco con negra), sale a pasear para inventariar la catástrofe. En esas, encuentra a Elizabeth Mayson, una desconocida muy blanca, encallada en la playa, víctima del huracán. Esa mujer sola e indefensa en la playa, malherida y desmayada, se convierte en la debilidad de George. Con el tiempo, la aparición de Elizabeth, que es de procedencia británica, es la excusa para dar paso a una cantidad de cuestionamientos que George guardaba y que Elizabeth remueve con sus preguntas. Evidentemente, esta mujer indefensa está perdida en algún lugar del océano Atlántico.

Entre los asombros de Elizabeth y sus contrariedades al reconocerse ante una comunidad completamente distinta a ella, la pregunta por la raza, la lengua y la religión se cuela entre los diálogos. Su piel blanca, su lengua inglesa prolija, sus modos femeninos impuestos y su firme creencia en Dios y la música clásica, la ponen en tensión al reconocer su amorío prohibido con George, es decir, el amorío de una “niña ángel”, como la llama Tante Friday (cuidadora de George), con un hombre “sin tribu; [que] no era de los negros ni de los blancos” (Robinson 82). Este amorío desemboca en discusiones que los personajes avivan con su diario vivir, empezando por Elizabeth, quien no comprende la urgencia del reverendo Birmingham (cura bautista) por acabar con las celebraciones negras a las que se va a comer, beber vino de

sorrel, mostrar pasos y luego dormir (152). Sobre esto, George reflexiona y se asegura de dejarle claro a Elizabeth que el reverendo Birmingham “piensa que su misión es reemplazar esas costumbres ancestrales con su cultura, su creencia, sus métodos... el reverendo Birmingham no quiere reconocer que es un mito eso del esclavo feliz que acepta el cristianismo” (153). Y es que es por ese rechazo que los esclavizados se esconden para llevar a cabo sus celebraciones y hasta han inventado una lengua para no ser entendidos por los demás: el creol.

Elizabeth es la personaje que tiene la responsabilidad de hacer las preguntas incómodas, mientras George se debate consigo mismo y con la comunidad tratando de descifrar su identidad (responderse a sí mismo por el quién soy) y darle rienda suelta a su deseo sin la culpa del color de piel.

Así, entre la total ignorancia que demuestra Elizabeth al estar en una isla y ser rescatada por un hijo ajeno de la esclavitud, y la rutina diaria del cultivo de algodón que quedó completamente destruido por el huracán, Hazel Robinson por medio de sus personajes revela los tres puntos de discusión que nombrábamos con anterioridad: raza, lengua y religión. Todas las preguntas formuladas por la pareja contrariada que se somete a un amor prohibido parecen apuntar hacia la reivindicación de una identidad negra que fue opacada por la colonización hispana (en el siglo XIX) y desplazada por las constantes migraciones, y a poner en escena los ataques culturales que sufrió la comunidad nativa con estos fenómenos históricos.

### **Entre otras cosas...**

Como una generalización, la historia oficial de las islas se reduce a cuatro momentos: poblamiento, colonización británica, colonización española y colombianización. En el primero, los indígenas miskitos, en una época no muy bien determinada, pero anterior al siglo XVII, utilizaban el territorio de lo que hoy es la isla de San Andrés para cultivar su propio alimento. La isla no era habitada, pero sí cultivada. En el siglo XVII, con la intención de expandir su proyecto religioso y comercial, llegan los ingleses y con ellos los piratas y corsarios. La isla entonces fue bautizada como Henrietta. Para el siglo XVIII, Henrietta era una isla poblada por esclavizados jamaquinos

y unos cuantos ingleses que eran dueños de las tierras productivas. En el siglo XIX, la isla fue ganada por el Virreinato de la Nueva Granada y pasó a ser parte de su territorio, ahora llamada San Andrés. En el siglo XX, ya siendo parte del territorio de la República de Colombia, San Andrés, lugar paradisiaco, debía ser explotado comercialmente (Piamba). Por esa razón, se implantó el decreto de Puerto Libre sobre la isla, lo que justificó la construcción del aeropuerto y la migración de gran cantidad de población continental desde 1950.

En medio de la historia tormentosa de amor, en *No Give Up Maan!* se narra el cambio de siglo ubicado entre el segundo y el tercer momento: del siglo XVIII al XIX. Es más, la historia del tormentoso amor sirve para desentrañar la inconformidad que aún hoy despierta en los isleños el haber sido colonizados por españoles, quienes a la larga nada entendieron de la construcción identitaria, religiosa y lingüística que ya los isleños habían adelantado con la colonización inglesa.

Esta exposición histórica se enlaza con la preocupación por la raza y, del mismo modo, atraviesa todas las novelas de Robinson. En *No Give Up Maan!* específicamente, las problematizaciones al respecto son exhaustivas. En esta novela, Elizabeth Mayson no se considera superior a los negros que la rodean. Sin embargo, los negros sí se cuestionan acerca de su inferioridad frente a ella y sus amos, y acerca de lo que es correcto en asuntos de piel. Se preguntan por la legalidad de las mezclas culturales y raciales, y se preguntan por los comportamientos propios del color. Tanto así que le exigen a Elizabeth comportarse como blanca (una mujer racional y de modos finos, antes que una mujer pasional y aventurera). Este asunto de la diferencia se extiende entonces del color al género. Y es Elizabeth quien con sus acciones disruptivas capta la sumisión femenina respecto al trabajo. Elizabeth sabe que necesita ser recatada de los comportamientos de mujer blanca que tanto le incomodan y sabe que las mujeres negras no deberían guardar compostura ante los hombres blancos. Elizabeth, con su pensamiento adelantado a la época, se rebela y formula sus propias reglas sentimentales y comportamentales en las que rige la intuición.

A pesar de la descripción explícita del orden social en la comunidad, la novela rescata el protagonismo de la mujer negra con Tante Friday, quien

es la mujer negra sabia, que recuerda, ayuda, reflexiona, aconseja, escucha y advierte a la mujer blanca y al ñanduboy acerca de su futuro. Tante Friday es todo lo que una mujer blanca no es en esta novela.

Todo el cuestionamiento jerárquico con el que viene la personaje de Elizabeth se desglosa con el paso de las conversaciones para dejar de concebir un mundo binario (blanco-negro/hombres-mujeres) y devela una serie de matices: “Los esclavizados dejan de ser negros y empiezan a ser ñanduboy, mezclas del plantador Golden y sus esclavizadas, que son iguales a George que, aunque no es esclavizado, tiene la misma mezcla (negra-blanco) y el mismo color de piel” (Piamba 34).

A pesar de esos matices, no se eliminan las restricciones que políticamente condicionan al ser negro: la imposibilidad de tener una vida completamente libre, con un apellido y con los derechos de un blanco. Al final, la unión entre George y Elizabeth se resume en una relación prohibida en la comunidad por un asunto netamente genético.

El unir mi vida a la tuya es lo único en que pienso día y noche, pero aunque mi amor es lo más seguro que tienes en esta isla, de él no podemos vivir. Elizabeth, ni siquiera te puedo ofrecer un apellido. ... No me considero un esclavo, pero estoy condenado a la misma suerte. Sin el permiso de los amos de estas tierras, sin la consecución de un pedazo de tierra para trabajar, tengo que seguir bajo la protección de la Misión. (Robinson 190)

A medida que avanzan las páginas, Elizabeth evoluciona y se convierte en la voz seductora que intenta convencer a los esclavizados de lo que ella considera una “equivocación”. Al final, la raza, fuera de la novela y en un pacto íntimo entre los personajes, se reduce a lo que George representa: la mezcla del negro y la blanca, o viceversa (como en las otras novelas de Robinson), que es la resolución de la concepción de raza actual en San Andrés y que da paso a la raizalidad desde los años ochenta<sup>99</sup>.

No está de más admitir que en la literatura negra se destacan estas intenciones de reconocimiento racial o de resolución racial, basados en el

---

<sup>99</sup> La raizalidad es una condición étnica aún no estáticamente delimitada. Entre las tantas condiciones que la conforman se encuentran ser nativa con ascendencia de la población fundacional: británica, árabe, oriental, etc. Generalmente se les reconoce por su apellido tradicional: Hudgson, Robinson, Pomare, Archbold, etc.

color, la lengua y la religión: Juan José Nieto, en su novela *Yngermina o la hija de Calamar* (1844), destapa la dinámica cultural de la costa norte enmarcada en la historia de amor entre Alonso de Heredia (blanco) e Yngermina (negra). La poesía de Candelario Obeso, inicialmente *Cantos populares de mi tierra* (1877), privilegia el territorio de la zona del Magdalena Medio y muestra la cultura del boga en cada verso al reivindicar su lengua popular, la lengua “de la jente [sic] no instruida del Estado de Bolívar” (11). A mediados del siglo XX, Manuel Zapata Olivella (citado por Piamba) contempla la trietnicidad cuando se refiere a la diferenciación entre blancos, negros e indígenas, representada en sus novelas. Estos, entre otros muchos autores como Arnoldo Palacios, exigen la reivindicación de las comunidades negras e indígenas como parte del imaginario nacional y como comunidades que aclaman ser reconocidas por su diferencia cultural e histórica (Piamba).

Hazel Robinson, evidentemente, se une a esta comunidad literaria y pugna por el reconocimiento racial de las islas. Aquí, Robinson deja claro, por la inevitable unión que existe entre un blanco(a) y una negra(o) en cada una de sus novelas, que el poblamiento inicial de la isla está dado por ñandús.

Ahora, el asunto del creol como lengua de resistencia de los esclavizados se explica una y otra vez dentro de la narración. Pero la forma insistente en que la obra traduce los diálogos creol/español y la situación de total incomunicación de los protagonistas blancos ante la lengua negra marca una temática muy fuerte en la tradición literaria de Robinson. La inclusión de pasajes en lengua creol obliga al lector a entender directamente la lengua nativa, creando un pacto directo de lectura con la comunidad raizal.

Cuando a la hora del desayuno ninguno de los dos apareció, Birmingham se limitó a preguntar por Elizabeth y *tante*, quien había disimulado de nuevo su ausencia abriendo temprano la habitación, dijo:

—*Elizabeth gan up a massa* Bennet (Elizabeth se fue donde Bennet).

—¿Y George? No lo he visto desde ayer en el almuerzo.

—Él —dijo *tante*— salió al monte desde esa hora.

—¿Al monte? ¿Y qué le molesta ahora?

—*Me not know, pa' Joe* (No sé, pa' Joe). (Robinson 199)

Por lo general, las novelas de Robinson al inicio muestran a un personaje blanco que se niega a entender la lengua negra y despótica contra

ella como lo más bajo de la comunidad: “Maldecía en **una lengua que solo ellos entendían**. Lo único que sus amos les habían dejado conservar y solo porque no habían ideado la forma de extirparla de sus mentes. Su lengua y su color, la gran diferencia, la catapulta que servía a la inseguridad de sus dueños” (Robinson 36, énfasis mío).

Con el tiempo, ese personaje blanco, u otro, pero ante todo blanco, se moldea y comprende (si esa es la palabra) en qué consiste el lenguaje extraño y su intención de resistencia. En *No Give Up Maan!*, Elizabeth inicialmente se desespera y se niega a entender la dinámica lingüística, hasta que su amor desmedido por George la obliga. Si se quiere quedar en la isla con su hombre, pues no queda más que aprender a comunicarse. Entonces, su pensamiento cambia, así como lo que pensaba acerca de la raza y el color, y ella entra en un estado contemplativo/receptivo del creol. “Especialmente grato para ella [Elizabeth] era tratar de entender el dialecto que se había formado con el inglés y sus lenguas nativas, aunque ellos, cuando ella no los entendía, hablaban en un inglés formal en el mismo tono de voz e inflexiones de sus amos” (Robinson 185).

El creol, al ser una lengua negra, es rechazado por la iglesia y por los plantadores, pues, a partir de esa diferenciación que Elizabeth ya había revelado, el creol se concibe como la lengua de la clase baja. Esta misma idea fue la que reveló Francisco José de Caldas a inicios del siglo XIX, al relacionar la negritud con actitudes de pereza, lascivia y crueldad, en cuerpos voluptuosos y fuertes.

En pocas palabras, esta novela de Hazel Robinson aboga por la recuperación del antepasado nativo raizal, mientras recuenta una versión de la historia no conocida en la versión oficial, y mientras ofrece una explicación a la hibridación de culturas producto de las migraciones y colonizaciones sufridas por la isla. Respecto a los lazos literarios, es muy curiosa su cercanía, aún en el siglo XXI, a las formas y estrategias utilizadas en el romanticismo de la literatura colombiana del siglo XIX y a las novelas fundacionales que describe Doris Sommer para recuperar los discursos identitarios.

## Keshia Howards y la “herstory”

*As islanders we are continually talking about the past because in the past are roots to this big tree known as the indigenous Raizal people. (Howard 19)*

En el 2014, Keshia Howard publicó su primer trabajo titulado *San Andres: a herstory*. Según la biografía que relata el mismo libro, este no es el único texto escrito por Howard, aunque sí el único publicado. Esta edición fue desarrollada con el apoyo de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), la organización Archipiélago Movement for Ethnic Native Self Determination (AMEN-SD) y ACDI/VOCA. De estos tres, AMEN es el movimiento líder raizal en la lucha por la recuperación cultural y la autodeterminación. Por esa razón, con solo ver la cubierta del libro ya se intuye cuál es su objetivo.

Para resumir un poco, Howard en esta obra reconstruye una “historia femenina” de San Andrés y la presenta en la lengua formal de la isla: en inglés. En esta novela con tintes históricos, que se podría incluso llamar novela histórica, la autora propone una narradora autobiográfica que cuenta, a través de las voces de las mujeres de su familia, la historia de colonización, esclavitud y recolonización de la isla de San Andrés. Aunque esta novela recupera muchos momentos de la historia oficial, en medio de la ficcionalización de sus personajes introduce una nueva versión no oficial que es contada desde el interior de una misma familia en diferentes épocas. En este recuento participan tres mujeres (Lauren, Nneka e Imara) para contar la historia de las mujeres de su pasado (Nnenede y Abeni) y las de su presente (Kayin, quien hasta ahora empieza a escribir).

Con las historias que las narradoras cuentan de cada una, el paso de las páginas se convierte en una reconstrucción política de otra versión de la historia de la isla que responde a interrogantes sobre los movimientos migratorios, colonizadores y esclavizantes. En este texto, las personajes son enfáticas al reconocer la recolonización (colombianización) como una forma de disminución del poder femenino de la isla. En medio de la narración se describe como el arma de la colombianización fue “la introducción de una creencia patriarcal (catolicismo), una lengua patria (español) y unas formas patrias (políticas) a nuestros niños, y más

importante a nuestras niñas” (Howard 20), y es porque “esa patria sabía que las pequeñas niñas crecerían un día y se convertirían en mujeres y madres quienes transmitirían estas nuevas ideas y conocimientos a sus hijos” (20). En otras palabras, a las mujeres de la isla las convencieron de que “si no era católica, no hablaba español fluido, o no conocía y honraba los símbolos patrióticos colombianos, no recibiría ningún beneficio” (20) y así educaron a sus hijos. Los movimientos colonizadores, entonces, y no precisamente solo la colombianización, se convierten en un asunto de género, en cuanto son las mujeres las que se sienten atacadas como cuidadoras y criadoras de su comunidad.

Con esta novela, Howard hace énfasis en el protagonismo que tuvieron las mujeres en la construcción de la identidad y la historia raizal. Por eso, ve la necesidad de reconstruir la historia femenina y negra de la isla, que implica rehacer el pasado y el presente de las acciones femeninas que determinaron lo que es hoy la isla de San Andrés: su cultura, su gastronomía, su tradición, sus costumbres.

Así, el contenido le es fiel a su título. El término *herstory*, en los estudios feministas, viene de la modificación de la palabra inglesa “history”, “donde (his) habla de ‘su’ de ‘él’, es decir una historia del varón, y se reemplaza por (her) para referirse al ‘su’ de ‘ella’” (Carby, citada en Peñaranda-Angulo). Esta *herstory* comienza cuando Laurel encuentra un tipo de diario de su abuela Abigail (Nneka). El diario está puesto en una especie de sótano con otros cuantos libros viejos que Laurel nunca había visto. De aquí en adelante, en el primer capítulo, se presenta la reconstrucción de la historia oficial de la isla de una manera detallada, incluyendo nombres propios y fechas exactas. El primer capítulo se dedica a una reconstrucción precisa de la historia de la esclavitud en la isla. Inicia con la ocupación de la isla por el pueblo miskito, la isla como lugar de paso de los piratas, la llegada de los puritanos como pobladores, la guerra hispano-inglesa, el tire y afloje entre estos dos bandos por la posesión de la tierra, hasta la llegada del Virreinato de la Nueva Granada. Para terminar, en este capítulo se incluye una línea gráfica del tiempo de la esclavitud, desde 1537 hasta 1948<sup>100</sup>, cuando se

---

100 Según esta línea del tiempo, la esclavitud de todos los africanos en el archipiélago terminó en 1853.

emite la Declaración Universal de Derechos Humanos que prohíbe la esclavitud en el mundo.

A continuación, empieza una narración dentro de la narración que ya había iniciado Lauren. Ahora, sus antepasados cuentan como si Lauren estuviera leyendo el diario encontrado. La primera que habla es Nneka, la abuela de Lauren, quien escribe la historia de su abuela Nnenede y su mamá Abeni. La narración hace énfasis en reconocer la significación de los nombres de estas mujeres en la lengua original (yoruba), mientras resalta que los nombres con los que fueron bautizadas por los blancos son otros: Bess y Eloise.

El recuento histórico de Nneka termina a mediados del siglo XIX. Específicamente, comprende de 1829 a 1866. De nuevo, la raza, la lengua y la religión son temas en los que se hace hincapié en toda la obra, aunque aquí no esté situada en San Andrés, sino en Jamaica. La discusión de los amores prohibidos interracial es un interrogante que atraviesa a todos los personajes y, según esta novela, a toda la zona insular de pasado y presente negro. A partir de la historia de las mujeres, se retoma la discusión acerca del color de piel y la mezcla racial. Dicha mezcla, por supuesto, no es aceptable y, cuando lo es, se espera que no diluya lo que la raza negra ha cultivado desde su ancestralidad. De forma repetida, entre las personajes se exigen no olvidar su pasado negro, aunque su cercanía y sumisión hacia los blancos las obligue a adoptar otras costumbres y saberes.

Abeni, learn all you can from the big house. Learn their language, be well-mannered; learn all the skills that you can. If it is possible be attentive as the Mistress teaches the young master his lessons so that you will learn to speak from their papers (read) and draw in them as well (write). There is freedom and power in those skills. But I must tell you... you must never forget who you are. Though now you work as a servant that is not your identity<sup>101</sup>. (Howard 58)

De esa mujer que recibe los consejos nace Nneka, hija de una mujer negra (sirvienta de una familia blanca) y un hombre blanco (el hijo de

---

101 Abeni, aprende todo lo que puedas en la casa principal. Aprende su lenguaje, sé bien comportada, aprende todas las habilidades que puedas. Cuando sea posible, pon atención a las cosas que la dueña de casa enseña a su hijo y a lo que puedas aprender de lo que él lee y de lo que él escribe. Hay libertad y empoderamiento en esas habilidades. Pero debo decirte... nunca debes olvidar quién eres. Aunque ahora tu trabajo sea servir, esa no es tu identidad. (Traducción propia).

dicha familia). De todas formas, se sabe que los blancos, en su mayoría, consideran la negritud como una raza menor, y es por eso que la discusión se centra en la comunidad negra, la cual entiende que debe defenderse por sí misma ante el abuso del blanco. Contados blancos dentro de la obra muestran empatía con la comunidad esclavizada. Dichos blancos a veces ganan terreno en la amistad de las negras (y tienen hijos con ellas) y otras veces solo generan desconfianza con su empatía exagerada.

La segunda parte cuenta la historia desde 1866 hasta 1903. En medio del rechazo que implica para Nneka ser hija de una negra y un blanco, se narra la historia de cómo se unió en familia con otro negro después de salir de una promesa de matrimonio interesada y racista, como la que le propuso Daniel Henry, un médico blanco arrogante. “I want a respectable, young and very intelligent wife. None of the white women of my class are acceptable to my mother and so my father suggested you. **He seem to think you are very smart and good-looking for a half-negro [...]** A little color will give me acceptance among **your kind**” (76, énfasis mío)

En este capítulo se relata cómo la familia de Nneka dejó Jamaica para vivir en Old Providence y aparece, por fin, la lengua creol para contar un hecho catastrófico: “Da yo hosban, cousin Bab. Dem fain iim stab op outsaid di skuul ‘ous” (79)

Debido a la muerte de su esposo, Nneka se traslada con sus hijas a San Andrés. Desde entonces, el creol es una constante y la curiosidad de Nneka por conocer sobre la isla revela la relación con la religión. En este punto ya es claro que las islas, para Howard, se han construido a partir de mezclas raciales, y que la lengua es una característica reconocible de la insularidad, y más específicamente de Old Providence y San Andrés, pues es allí en donde los personajes se expresan fluidamente en creol. Además, se resalta la participación de la iglesia bautista en la construcción de comunidad en la isla, como reguladora de las normas de convivencia y como el lugar construido en este periodo a donde los isleños acudían a hacer vida social, hablar con Dios y buscar respuesta a sus problemas. Se describe una intensa fe en la religión bautista y una extensa (en el tiempo) entrega de la comunidad a la iglesia. Adicionalmente, y como modo de sincretismo, se nombran repetidamente

a los duppys como espíritus/fantasmas tradicionales que viven entre las personas de la isla, herencia del antepasado africano.

En el último capítulo se recoge la historia de la isla desde 1893 hasta 1927. En esta oportunidad, “around 1903 other religions started to appear on the islands” (169). Estas fueron la adventista y la católica. Por supuesto, al principio parecía una buena idea, sin embargo, con el paso de las hojas, la narradora va desenmarañando su hipótesis colonizadora. Ella describe cómo lentamente las isleñas fueron influenciadas para cambiar de iglesia y asistir a los servicios religiosos en español, hasta que de repente el catolicismo era sinónimo de español y viceversa. El siguiente paso consistió en diferenciar la fe católica de la bautista, porque en ese momento no había división entre quienes eran bautistas y quienes iban a la iglesia católica: lentamente empezaron a separar a quienes eran católicos de otras religiones (199), hasta convertirlo en un asunto también racial y de beneficios políticos, como se exponía anteriormente.

Para concluir, en esta discusión, e igual que en Hazel Robinson, la identidad del raizal se construye a partir del cruce entre blanco y negra, y más específicamente de migraciones de mezclas entre blancos y negros. Aquí se alude a la migración jamaicana como una de las razones de la población de la isla y justificante de su cultura actualmente basada en varias tradiciones reconocidas como jamaicanas (la música *reggae* es una de ellas, así como la existencia de comunidades rastafari). Esa mezcla binaria que fue negada inicialmente a tal punto que representó todo un conflicto social, “This is not your child. The law, your family, your peers, nor your society will recognize this as your child. This baby will be just another mulatto bastard” (69), hoy es base de la identidad del raizal. En este punto, el raizal no se considera negro, sino mezcla de británico y esclavizado, y proveniente de otras islas del Caribe, como las personajes de esta novela.

Muy curioso aquí es la insistente intención de encontrar un culpable de la transformación identitaria. Definitivamente, y como lo define la narradora en la introducción, la colombianización fue una campaña de manipulación que blanqueó psicológicamente a la comunidad negra, llevándola a caer en el pecado del olvido de la negritud y el asentamiento y adaptación de las costumbres blanqueadas continentales. Dicha campaña,

nada apresurada y casi desapercibida, empezó por modificar las costumbres y las prácticas de los que ya se consideraban católicos, cambiando desde la educación escolar hasta la arquitectura local.

Con el objetivo de no perder los beneficios laborales y políticos que los nativos recibían con la adopción de las costumbres colombianizadas, “people began to convert and abandon who they were for who the state wanted them to be” (199).

## Cristina Bendek y el reencuentro

*Si no era bautista, no hablaba creole y tampoco venía de África, ¿qué vengo siendo yo? ¿La proporción de un ingrediente? ¿Un revuelto? (Bendek 162)*

*Los cristales de la sal* es la primera novela de Cristina Bendek y ganadora del Premio de novela Elisa Mujica del 2018. En esta narración, Victoria Baruq, la personaje principal, vuelve del exterior a la isla donde nació y que abandonó en su infancia: San Andrés. En esto, se encuentra con una isla llena de inconformidades, en donde “no hay una sola persona que me haya saludado con algo distinto a las quejas. Ahora pienso que quejarse es parte esencial del carácter insular” (Bendek 33).

En este lugar pareciera que ya no viven sus antepasados. Para Baruq, esta es una isla jovial que flota con una multitud de sus contemporáneos, que se preguntan a diario por su identidad. Victoria, desentendida de su papel como nacida en la isla es atacada por los recuerdos que aún habitan las ruinas del interior de su casa. En ellas encuentra una multitud de pistas que la amarran con sus antepasados raizales. Casi como en una novela de detectives, Victoria desentraña el secreto de sus abuelos y ancestros, primeros pobladores de la isla, y concluye que la raizalidad está construida por hibridaciones.

Dicha acción detectivesca surge de la intención de apaciguar la soledad en la que Victoria se sumerge cuando llega como extranjera, pues no tiene otra ocupación más que cuidar la casa, vacacionar y cumplir con su propio cometido familiar. Definitivamente, sus expectativas se ven derrumbadas

cuando llega y no encuentra más que ruinas para reconstruir. Entre esas ruinas, un álbum fotográfico, documentos y algunas cartas antiguas. “Tengo un diario con mis hallazgos, la foto de mis tatarabuelos y mi vida es una rutina que, después de reprochar porque mi alarma es una sierra eléctrica a la siete, empieza con un baño de mar” (192).

Sin embargo, a medida que su círculo social se amplía y su historia de amor con Jaime, un continental, se consolida, su perspectiva sobre las quejas de los isleños cambia. Las quejas se tornan comprensibles y justificadas; Victoria se impregna del sufrimiento raizal. Ese sufrimiento no siempre le cala bien, pero ella reconoce su importancia. “Mis papás no sabían nada, voy perdiendo la reacción de reclamarles tantas cosas, de haberme dejado viviendo en la absoluta soledad, en la ignorancia. En la absoluta libertad. Gracias” (211).

Mientras van pasando las historias de amor, de cerveza y de mar del círculo social de Victoria, se van describiendo esas problemáticas que llaman al sufrimiento: la corrupción, la falta de oportunidades para “triunfar”, las escasas posibilidades de desempeñar labores diferentes al turismo. Entre todas esas, las elecciones de Gobierno son importantes para los habitantes de la isla, y más aún para los jóvenes, quienes están luchando por tener un futuro garantizado y reivindicar su cultura. Este es un tema que va y vuelve en las conversaciones, mientras funciona como excusa para describir el casi nulo beneficio que ha recibido la isla del Estado centralista. Entre la discusión por una cosa y por la otra, Victoria se da cuenta de algo que marca la identidad del isleño: el pesimismo de la nula expectativa.

Tengo cada vez más curiosidad, aunque con cada respuesta se forma un escenario lleno de posibilidades, nada concluyente ... En los interludios de mis regresiones ha habido otros planes como paseos al Cayo, rondones de pensamiento en los que nadie piensa nada y sólo bebemos, aventuras de playa, el hielo europeo que se derrite y se vuelve miel en el Caribe. (193)

Pareciera que la isla es un paraíso emproblemado, pero que no busca una solución real a sus problemas, sino que se queda en la meditación de ellos: en el sueño, en la idea que espera hasta que la sensación de placer que invita el mar lo abarca todo. Y así para siempre.

Entre esa dinámica problematizadora que se da gracias a la búsqueda de Victoria en su pasado negro, en *Los cristales de la sal* se cuestionan esos mismos antepasados de mezcla que se presentan en las dos autoras anteriores. Sin embargo, aquí el asunto de concebirse negro se delimita a los primeros pobladores, quienes tienen una raza definida y un color de piel que contrasta. De otro modo, en la actualidad de los personajes ese paisaje monocromático se difumina. En esta generación de Victoria toda la gente es del mismo color (algunos más pálidos que otros), así que llamarse negro no es una forma de identificarse. Aquí, la bifurcación se da de otro modo. Existe el *pañá* (continental) y el raizal, y su mezcla es la que ha sido ofrecida por el Estado.

Entonces, Victoria se enfrenta a la inexistencia de lo que la define como nativa. La lengua le falla, el creole que hablaba en su infancia ya no es el mismo que se habla ahora en la isla, no acude a la iglesia bautista y sus parientes más cercanos no son negros en su totalidad. Ya no recuerda los lugares de la que fue su isla e intenta encajar en cada página en los círculos sociales que ese grupo de jóvenes le ofrece. Victoria es extranjera estando en su propia tierra y aun así se presenta como raizal. Pero ¿es ella raizal?

Aquí, la historia de amor entre Victoria (nativa) y Jaime (pañá) es la excusa para contar cómo conviven los raizales con los pañas. Aquí ya no hay una señalización de prohibición entre ellos, pero la tensión de su relación es curiosa. Pareciera ser un amorío que no empieza y tampoco termina. Por eso, la novela, mientras hace infinita la tensión del coqueteo entre ese par, se entrelaza con otros eventos que se desarrollan en la isla y que problematizan/normalizan (como en un círculo vicioso) esa unión entre pañas y raizales: ahora hay cosas más importantes que cuestionar como la situación política de la isla, la corrupción, la democracia, la justicia del Estado, la organización del turismo, la inseguridad, fenómenos en los que están sumidos todos a pesar de su procedencia. Muy importante es que es Jaime, un hombre tatuado, color “crema”, paña, uno de los que le muestra las cosas que ella dejó de ver por el tiempo que estuvo afuera y quien, en su moto, la lleva de vez en cuando a reconocer geográficamente el territorio. La isla la reconoce como la nieta de... ella, en su recuerdo borroso, logra reconocer partes a medida que pasa el tiempo.

En esta isla ya no hay una bifurcación monocromática clara, sino que, para Victoria, hay una unificación de seres que terminan formándose por la sal, como cristales de sal. Seres que, a pesar de no haber nacido en la isla, conocen más de las dinámicas que allí se dan que ella que tiene su apellido arraigado.

“Abstraídos en el ritmo, pienso, somos como la sal que compone los mares, hervidos al calor de una Historia que ha sido tan ácida como un vinagre que cura heridas. Se me desvanecen las vaguedades, sé que en este vientre enorme somos como cristales de sal, refractarios, luminosos, espejos los unos de los otros” (186).

Estos cristales son todos de diferentes tamaños, hechos con la misma sustancia y flotan en el mismo mar en las mismas condiciones. En ese sentido, la pregunta por si es o no raizal se desvanece, pues se responde al reconocerse como habitante de la isla que concibe su propio ser insular de hibridaciones, de mezclas.

Por supuesto, también hay miradas encontradas entre personajes que consideran que la raizalidad es una sola y no debería admitir la intromisión del continental. Y es que, en definitiva, sobre esas discusiones inconclusas está construida la identidad del isleño raizal actualmente.

Respecto al creol, hay una insistencia de los personajes en que Victoria lo hable, lo aprenda. Solo así podrá integrarse a la comunidad raizal que la espera, sin exigirle la desgastante tarea de traducirle cada vez.

—Sí, sí, yo soy de aquí —le digo con una risita—, ya sé que no parece, pero sí, soy raizal —un santo y seña—, ¿Juleen no te dijo? ¡Si nos graduamos juntas del colegio!

—Ah, ¡además! ¡Entonces! *So meek unu taalk creole, nuh?* —dice emocionado, quizá sabiendo que con eso me corcha.

—No, no hablo creole, pero ahora que lo dices siempre quise aprender —le digo, él chasquea los dientes en pequeña objeción, yo siento pena y vuelvo rápido al tema.  
(46)

En esta novela es evidente el paso de la colombianización: solo hay una escuela en la isla que enseña en creol y la inseguridad por los inmigrantes

continentales se recoge en El Cliff, el barrio al que “a veces no entra ni la policía” (171). También se describen los desfiles del 20 de julio y el 7 de agosto que, como los describe Victoria, no eran fechas patrias para los isleños, sino días aprovechados para seguir “el beat” (170), “ese día todo el mundo tenía que bailar” (171).

Respecto a la religión, Victoria intenta acercarse a la iglesia que se supone es la suya si es raizal, pero en ella siente que no encaja, pues afirma ser “la persona más pálida en esta audiencia” (64). Ese afán de Victoria por devolverse varios años y volver a ser la isleña que fue de niña, la raizal que todos esperan que sea, tensiona su estadía. Su búsqueda intensa de una identidad la termina convirtiendo en su propia isla: un cuerpo rodeado de soledad y preguntas. “Aquí mi aburrimiento es distinto porque permite placeres que son impensables en la ciudad. Es más frustración que otra cosa, debo hacer las paces con este lugar contradictorio, aparentemente vacío. La isla, la caja de resonancia, te da y te consume energía” (193).

Esta novela, a diferencia de las anteriores, permite cuestionarse la identidad de la isla mediante sus contradicciones. Raizales que no hablan creol, que no acuden a la iglesia bautista y que no son negros. Por supuesto, se reconstruye una historia de población del territorio, pero no deja de lado las preguntas que aquí nos interesan. Al final, una vez más, la isla es producto de hibridaciones que, en este caso, han llegado tan lejos, que reconocer las primeras es todo un trabajo de detective.

## Últimas anotaciones

La isla de San Andrés por mucho tiempo se vio limitada en la cantidad de publicaciones que salían de escritores nativos de la isla. Primero, por la imposibilidad de escribirlos. Después, porque para poder sacar a la luz sus textos, los autores debían trasladarse al continente o vivir en él. La ausencia de imprentas encuadernadoras y editoriales insulares fue un obstáculo notable para que acá, en la comodidad de la centralidad, pudiéramos enterarnos de estas y otras historias. Entre los isleños, estas se mueven oralmente y de mano en mano cuando se tienen manuscritos. Gracias al interés de la Universidad Nacional de Colombia, el grupo AMEN y el

proyecto editorial La Raya en el Ojo, las novelas descritas en este capítulo hoy, y otras pocas más, las podemos tener impresas, multiplicadas y al alcance de la mano.

En medio de la discusión entre la raza, la lengua y la religión, se me hizo muy claro que la lengua podría ser el motor de las otras dos. Si observamos, el creol es la lengua que hablan los negros y el inglés es la lengua que se habla en la iglesia negra. En ese sentido, me parece problemático que dos de las tres obras que aquí comento sean escritas en español. Esto solo demuestra que la lengua es para los raizales su enemiga y, a la vez, su aliada.

El gran obstáculo para escribir la memoria de los sanandresanos es la lengua. San Andrés es un territorio creol y angloparlante. Su pertenencia a la región que hoy es el Gran Caribe debida a su pasado (y presente) de migración, la ha hecho una isla (archipiélago, con Providencia, Santa Catalina y sus cayos) desconectada lingüísticamente de Colombia, territorio continental al que pertenece. La gramática creol, por naturaleza, es variable, maleable, “mareable”, si se quiere usar una metáfora marítima. Por otro lado, la gramática española es preferible desconocerla en la isla, pues contiene una carga de colonización aún rechazada por las pugnas raizales de conservación de la raza, el apellido, el color, el pasado. La gramática española carga consigo aquel día del siglo XIX en el que el Virreinato de la Nueva Granada reconoció el territorio insular y privilegió el objetivo de “educar y culturizar” a los nativos. Ese educar y culturizar iban inclinados al blanqueamiento cultural. Desde entonces y hasta 1953 (cuando se implantó el Puerto Libre), los isleños no vieron la necesidad de adherirse a tal intención. De todas maneras, desde la separación de Panamá, fue una isla alejada del continente. Una isla ubicada “en un cuadrado en la esquina del mapa”, como dice Hazel Robinson en una de sus crónicas de *El Espectador*.

Desde 1953 hasta la actualidad, la dinamita explotó en la base cultural del raizal. La colombianización se hizo más aguda y sus consecuencias se ven reflejadas también en otras novelas como *Los Pañamanes* de Fanny Buitrago. El estallido llegó a tal punto que hoy, de un aproximado de ochenta mil habitantes que tiene la isla, solo cerca de veinte mil se consideran raizales (Dane).

De todas formas, concluir con la discusión sobre la identidad insular es imposible. Como se ve entre las escritoras, el tránsito de la certeza a la duda respecto a la pregunta identitaria se da cuando otras variables entran a discutir. En el caso de Robinson y Howard, la identidad se forma sobre pilares en los que poco cabe la duda. Mientras tanto, en Bendek tiembla, se amolda a otras circunstancias y se abre a otras posibilidades.

De estas mujeres escritoras que han tenido la valentía de sacar de la isla la memoria y que han decidido descargarla en la planicie impávida de la lengua española, aún queda mucho que decir además de lo que aquí se dijo. Los estudios acerca de las publicaciones periódicas, de la edición y la producción de la prensa del siglo XX, de las oralidades musicales y del archivo histórico y literario son espacios aún casi vírgenes en la investigación. De las escritoras y las novelas que ya hablamos aquí, todavía queda también mucho por preguntar, empezando por la personaje de Tante Friday, que comentaba al principio; por las visiones ecocríticas que de aquí se puedan extraer; por las versiones blancas y las versiones negras de las historias que aquí mismo se cuentan; por la lengua, una vez más, y por las identidades, que acerca de eso aún hay mucha tela para cortar. Por eso, los estudios literarios, como estudios que se arriesgan a ser interdisciplinarios, aún tienen un campo inexplorado, con respuestas que no han encontrado la pregunta, que esperan por ojos que quieran leer de forma crítica la forma que por los siglos de los siglos se ha considerado como la configuradora de identidades: la literatura.

## Fuentes

Bendek, Cristina. *Los cristales de la sal*. Laguna Libros, 2019.

Buitrago, Fanny. *Los pañamanes*. Plaza y Janés, 1979.

Dane. “Población negra, afrocolombiana, raizal y palenquera (NARP)”. *Grupos étnicos, información técnica*. 2018. DANE, <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/grupos-etnicos/informacion-tecnica>

De Caldas, Francisco José. Del influjo del clima sobre los seres organizados. *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, n.º 1. Editorial Minerva, 1942.

Howard, Keshia. *San Andrés: A Herstory*. USAID, AMEN-SD, ACIDI/VOCA. 2014.

Nieto, Juan José. *Yngermína o la hija de Calamar*, 1844.

Obeso, Candelario. *Cantos populares de mi tierra*. Imprenta de Borda, 1877.

Peñaranda-Angulo, Verónica. La historia femenina negra o la herstory negra: *Fe en disfraz* de Mayra Santos-Febres, lectura y reescritura de la historia desde y para las mujeres afrodescendientes. *Perífrasis. Revista de Literatura, Teoría y Crítica*, vol. 9, n.º 18, 2018, pp. 98-116. REDALYC, <https://www.redalyc.org/jatsRepo/4781/478158423007/html/index.html>

Piamba, Diva Marcela. “De isleños a sanandresanos: la construcción de identidades en San Andrés Isla vista desde las novelas *No Give Up Maan!* de Hazel Robinson Abrahams y *Los Pañamanes* de Fanny Buitrago”. Tesis de posgrado, Universidad Nacional de Colombia. 2016. REPOSITORIO UNAL, <https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/57775/1010191398.2016.pdf>

Robinson, Haizel. *No Give Up Maan! No te rindas!* Biblioteca de Literatura Afrocolombiana. Ministerio de Cultura de Colombia, 2010.

Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales*. Fondo de Cultura Económica, 1991.